

La inhospitalidad y el anticosmopolitismo del presente.

Desde una perspectiva ético-jurídica de corte kantiano

Roberto R. Aramayo¹

Al haberse avanzado tanto en el establecimiento de una comunidad más o menos estrecha entre los pueblos del tierra, hasta el punto de que la violación del derecho en un lugar de la tierra repercute en todos, la idea de un derecho cosmopolita no resulta una representación fantástica ni extravagante, sino un complemento necesario del código no escrito del derecho político y del derecho de gentes para con los derechos públicos de la humanidad en general, de suerte que solo bajo esta condición cabe aproximarse continuamente hacia la paz perpetua.

IMMANUEL KANT, *Hacia la paz perpetua*

§ Doctor en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid. Profesor de Investigación en el IFS del CSIC, donde trabaja desde 1982 como historiador de las ideas morales y políticas, además de oficiar durante treinta y cinco años (1990-2024) como editor histórico de la revista *Isegoría* y fundar la revista internacional *Con-Textos Kantianos*. Ha editado en español textos de Kant, Cassirer, Diderot, Rousseau, Voltaire y Schopenhauer.

A finales del siglo XVIII, Kant escribió su *Idea para una historia universal en clave cosmopolita* (1784), el acta fundacional de su filosofía sobre la historia, completada por otros textos fundamentales al respecto como *Teoría y práctica* (1793), *Hacia la paz perpetua* (1795) o *El conflicto de las facultades* (1798). En el Siglo de las Luces late por todas partes la idea del cosmopolitismo, el sentirse ciudadano del mundo en cuanto miembro de la humanidad. Baste recordar el *Ensayo sobre las costumbres* (1756) de Voltaire o las contribuciones anónimas de Diderot a la *Historia de las dos Indias* (1774-1780). En ese contexto, Kant sugiere hacer una historia filosófica que permita rastrear un continuo progreso hacia lo mejor, por muchos hiatos y reversiones que se puedan detectar en su marcha. Ese progreso se produciría gracias a un relevo generacional guiado por la esperanza de poder mejorar el futuro. El espectáculo que brinda una visión panorámica de los asuntos humanos en términos históricos es tan bochornoso como desolador. Los destellos de prudencia se ven eclipsados por un penoso balance del conjunto, que se diría urdido por una locura y vanidad infantiles e incluso por una maldad y un afán destructivos y pueriles. Para no caer en el desánimo, conviene buscar en ese absurdo decurso de las cosas humanas un hilo conductor que nos permita diseñar otro desenlace.

¿Cuál es ese hilo conductor que nos permitiría esperanzarnos con otro tipo de horizonte? La implacable persecución de una constitución cosmopolita que regule las relaciones internacionales e interestatales tal como la constitución civil sustituye nuestra robinsoniana y anómica libertad individual por una colibertad político-jurídica que respeta las libertades ajenas. Para sustentar la confianza en que nuestro esfuerzo se verá recompensado, Kant aporta desde la ironía una curiosa

garantía. El partidario del cosmopolitismo se ve respaldado por una instancia que cabe denominar indistintamente naturaleza, providencia o destino y que, a fin de cuentas, es la propia especie humana.

La hospitalidad es algo que se da por añadidura cual corolario, puesto que la tierra es una propiedad común y «originariamente nadie tiene más derecho que otro a estar en un determinado lugar de la tierra» (*Hacia la paz perpetua* B 41). Esta consideración sirve por sí sola para embridar las tentaciones colonialistas y es xenofobia que desconfía del extranjero por el mero hecho de serlo. Con todo, el ideal cosmopolita kantiano no rehúye ni mucho menos las diversidades culturales, pero siempre —añadiría quien suscribe— que no se den imposiciones que pretendan cambiar los usos y costumbres locales del país de acogida o adoptado como residencia más estable. No se trata por supuesto de abandonar uno u otro credo, sino simplemente de no pretender hacer imperar las propias convicciones en la esfera pública y de respetar las normas establecidas aun cuando conculquen manifestaciones externas del propio acervo cultural. Hay un par de volúmenes colectivos en español cuyas contribuciones pueden servir para conocer mejor las virtualidades del cosmopolitismo y de la hospitalidad planteados por Kant. Me refiero a *La paz y el ideal cosmopolita de la Ilustración* (1996), propiciado en su día por el bicentenario de *Hacia la paz perpetua*, y uno algo más reciente titulado *En busca de la comunidad ideal. Notas sobre el cosmopolitismo* (2019). Encuentro preferible dedicar lo que sigue a valorar estas nociones en la situación actual.

No parecen correr buenos tiempos para ninguna de las dos. El fenómeno de la globalización es enemigo del cosmopolitismo.

En realidad, la globalización tiende a suprimir las diferencias entre los pueblos y priman en exceso las relaciones comerciales que cada parte intenta hacer más ventajosas para sus propios intereses. Ahora mismo, incluso esta globalización está viéndose perjudicada por quienes buscan sacar un mayor beneficio del comercio internacional, merced a un rebrote de los nacionalismos, por muy encarnados que se vean en federaciones de un tamaño tan colosal como Norteamérica, Rusia o China, por no citar más que tres ejemplos paradigmáticos. Este anhelo expansionista que pretende fagocitar a los países de menor tamaño era un peligro denunciado por Kant, quien descartaba un gigantesco macroestado mundial y apostaba por una federación cosmopolita de pueblos que respetasen mutuamente sus respectivas idiosincrasias, acatando las reglas del derecho internacional sin pretender conculcarlas por su poderío militar o económico y renunciando a imponer la ley del más fuerte como único modo de propiciar una convivencia pacífica. El ideal cosmopolita tendría mayor cabida en una Unión Europea que reivindicara los valores ilustrados que propiciaron las mejores políticas de la época moderna o esas redes iberoamericanas que facilitan relaciones político-culturales y económicas.

En este primer cuarto del siglo XXI se diría que se han invertido las dos premisas kantianas, imperando el anticosmopolitismo y la inhospitalidad. El movimiento reaccionario que va conquistando gobiernos dista mucho de apreciar una ciudadanía mundial y más bien reivindica acrecentar la gloria de su propio terruño, como proclama sir ir más lejos la doctrina MAGA (Make America Great Again) enarbolada por Donald Trump. Aunque tales gobiernos pasen formalmente por las urnas y se vean respaldados por la victoria en una contienda electoral, gracias a un hábil manejo de una engañosa propaganda que promete

solucionar mágicamente cualquier problema social habido y por haber, se caracterizan por no apreciar demasiado las reglas del juego democrático, empezando por la división de poderes que consagró Montesquieu. El poder ejecutivo pretende asumir de uno y otro modo las competencias del poder legislativo, además de burlar las magistraturas díscolas del poder judicial. Sus relaciones internacionales tampoco recurren a la tradicional diplomacia, sino más bien al chantaje, para salir bien parados de antemano en cualquier negociación, o a las amenazas, para obtener beneficios que no podrían pactarse de otra forma. Su desempeño del poder es visto únicamente como un lucrativo negocio para quien ejerza el mando en plaza y su entorno más próximo. Esto da pie a querer anexionarse Groenlandia por una presunta emergencia nacional e internacional, fantasear con una urbanización de lujo en Gaza o explotar las tierras raras de Ucrania, por lo hablar de los aranceles que se utilizan para emprender una guerra comercial, cuya única finalidad es convulsionar las cotizaciones en bolsa y subir el valor de la criptomoneda *pro domo sua*.

El despotismo ilustrado del siglo XVIII, representado por monarcas como Federico II de Prusia o Catalina II de Rusia, pretendió conciliar su absolutismo con las ideas ilustradas, conjugando los intereses de la monarquía con el bienestar del pueblo. Incluso recurrió a filósofos como Voltaire o Diderot para mejorar su imagen. Ahora, sin embargo, una característica muy acentuada del neodespotismo es ser contrailustrado: se mofa de toda política con un toque progresista o *woke*, al no suscribir el supremacismo inherente a la dicotomía entre ganadores y perdedores. Solo merecen sobrevivir en medio del darwinismo social más exacerbado quienes optimicen sus intereses a cualquier precio, sin considerar en absoluto

los daños colaterales directos e indirectos que pueda tener su depredación. Si no te da por acaparar sin tasa cualquier tipo de recursos e incrementar tu patrimonio hasta unas cotas inimaginables, no mereces que se te considere un ciudadano de pleno derecho, labrándote con ello un pérfido destino.

Con esta mirada se voltea del revés el gran precepto kantiano de no instrumentalizar a nadie, porque lo contrario sería cosificar a las personas, haciéndolas perder su dignidad para ser susceptibles de tener un precio, como cualquier mercancía intercambiable. Los plutócratas no respetan a quienes carecen de una fortuna más o menos considerable, porque padecen aporofobia o pánico ante la menesterosidad, como si se tratara de una enfermedad contagiosa. Esto les hace despreciar igualmente a quienes huyen de la miseria o la persecución política. Estados Unidos retira masivamente permisos de residencia por múltiples motivos, entre los que se cuenta una presunta defensa de antisemitismo, atribuido a quienes critican el calvario de la población civil palestina. En cambio, concede automáticamente un visado a quienes demuestren tener cinco millones de dólares, como si poseer esa cantidad garantizara que su propietario tiene una conducta intachable y ha ganado ese dinero honradamente. Solo una saneada cuenta bancaria puede quebrar la inhospitalidad que los movimientos reaccionarios derrochan contra quienes vienen de afuera, propiciando campos de concentración para refugiados en países que cobran por esa inhumanitaria prestación.

Junto con esta creciente deshumanización, que acaso se vea incrementada por el multifactorial impacto de la IA generativa, hay otro rasgo que compete a la ciudadanía: suscribir *una nueva servidumbre voluntaria*, la cual deja en pañales

a la denunciada por La Boétie hace medio milenio. Desde siempre ha causado perplejidad lo que nos recuerda también Rousseau en su *Discurso sobre el origen de la desigualdad*: ¿cómo es posible que unos pocos puedan dominar a una inmensa mayoría sin grandes conatos de resistencia? Quizá porque no dejamos de suscribir una subrepticia plutofilia y nos gustaría tener un sinfín de riquezas, aunque no supiéramos qué hacer con ellas y nos causaran más de una preocupación gratuita. En cualquier caso, nos hemos convertido en cooperadores necesarios de nuestra propia manipulación, al suministrar nuestros datos personales a quienes los utilizan para moldear nuestros gustos y aficiones, encerrándonos en la herrumbrosa jaula dorada de un consumismo compulsivo que nunca puede darse por satisfecho y que solo incrementa nuestra capacidad para endeudarnos, cuando lo suyo sería desde luego aprender a prescindir de lo superfluo y medir nuestro grado de satisfacción con criterios muy diferentes, como el de sentirse bien mostrándonos bastante más cooperativos y mucho menos competitivos, puesto que ahí reside sin ir más lejos la clave del éxito de la evolución humana como especie. Mal nos habría ido si hubiéramos actuado siempre con un egoísmo que solo quiere salirse con la suya.

Este talante autoritario también gusta de cultivar las teorías conspiratorias justificando sus desmanes con ellas. Ciertamente, la conspiranoia no es algo nuevo y cuenta con antecedentes tan extraordinarios como funestos. Pensemos en los tristemente célebres *Protocolos de los sabios de Sión*, donde se documentaba falsamente una conspiración judeo-bolchevique (*sic*) urdida por la policía secreta del zar Nicolás II, para desprestigiar a los revolucionarios rusos y justificar los pogromos. En realidad, este infumable texto plagió una parte significativas del *Diálogo en el*

infierno entre Maquiavelo y Montesquieu, aunque se cambiaba por completo el sentido del original, destinado a caricaturizar al emperador Napoleón III. Pese a que se reveló públicamente tan burda estrategia, el éxito de los *Protocolos* fue mayúsculo y su presunta conspiración fue dada por buena en múltiples lugares. Hitler estaba convencido de su veracidad y eso contribuyó decisivamente a diseñar la solución final del holocausto judío. Antes de llegar a eso, su ministro de Ilustración Popular y Propaganda presidió una simbólica quema de libros frente a la Universidad Humboldt en Berlín. Hoy podemos ver un memorial que conmemora esta hazaña cultural con estanterías vacías, al que acompañan unas palabras de Heinrich Heine, advirtiéndole que allí donde se queman libros a continuación pueden quemarse personas.

Trump teme que los estudiantes extranjeros frecuenten las universidades norteamericanas y pretende socavar a golpe de talonario su autonomía, porque no se le ve muy partidario de la reflexión crítica y el pensamiento libre. Su paternalismo debería contentar a sus compatriotas, llamados a admitir sin titubear sus veleidosos caprichos, tal como lo debería hacer, a su juicio, el resto del mundo. En estos tiempos poco amigos de las luces y que tanto se parecen a los de la República de Weimar, conviene visitar esos planteamientos de Kant entre los que se cuenta su defensa del cosmopolitismo y de la hospitalidad o su distinción primordial entre los moralistas políticos y los políticos morales. La política, escribe Kant en *Hacia la paz perpetua*, no debería dar un solo paso sin rendir previamente un rendido homenaje a la moral. Una constitución política que no defienda una libertad cuyo límite sea el de las libertades ajenas, unas condiciones que favorezcan iguales oportunidades para prosperar según la capacidad y el esfuerzo de cada cual,

así como unas condiciones mínimas que impidan depender de los demás, no suscribiría el espíritu republicano que debe definirla. Su formalismo ético nos insta a encontrar el criterio para obrar como si nuestra máxima de actuación pudiera valer para cualquiera, en cualquier momento y circunstancias. Véase mi reciente libro *El talante moral de la ilustración y sus correlatos políticos*.

Bibliografía

Aramayo, Roberto R. 2025. *El talante moral de la Ilustración y sus correlatos políticos*. Ciudad de México: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

_____. 2025. «Kant como el Einstein del universo ético-político: una moral cuántica sin un Dios o una divinizada IAG que juegue a los dados». *Estudos Kantianos [EK]*, n.º 12: e24001. <https://doi.org/10.36311/2318-0501/2024.v12.e24001>

_____. 2023. *Voltaire: la ironía contra el fanatismo*. Barcelona: Shackleton.

_____. 2021. «El giro político del último Kant». En *El ethos del republicanismo cosmopolita: perspectivas euroamericanas sobre Kant*, editado por N. Sánchez Madrid, J.L. Villacañas, J. Muñoz, 26-45. Stuttgart: Peter Lang.

_____. 2019. *The Chimera of the Philosopher King. Around the Kantian Distinction between Moral Politician and Political Moralist*. Madrid: CTK E-Books / Alamanda. <https://ctkebooks.net/hermeneutica/the-chimera-of-the-philosopher-king/>

-
- _____. 2019. «Las humanidades y el pensar por cuenta propia: el papel de la filosofía según Kant en *El conflicto de las Facultades*». En *El conflicto de las facultades. Sobre la universidad y el sentido de las humanidades*, editado por Miguel Giusti, 11-24. Barcelona: Anthropos/Fondo Editorial Universidad Católica del Perú.
-
- _____. 2018. «La esperanza kantiana como apuesta moral del creer en uno mismo. *Autoconfianza, autosuficiencia y autosatisfacción* o las tres dimensiones del concepto kantiano de *autonomía*». En *Construyendo la autonomía, la autoridad y la justicia. Leer a Kant con Onora O'Neill*, editado por Nuria Sánchez Madrid y Paula Satne, 270-285. Valencia: Tirant Lo Blanc.
-
- _____. 2018. «Radical and Moderate Enlightenment? The Case of Diderot and Kant». En *Philosophy of Globalization*, editado por Concha Roldán, Daniel Brauer y Johannes Rohbeck, 315-326. Berlín/Boston: De Gruyter.
-
- _____. 2018. «El trasfondo de la filosofía kantiana en el compromiso político de Ernst Cassirer (Una presentación a su artículo sobre *Judaísmo y los mitos políticos modernos*)». *Isegoría*, n.º 59: 375-390. <https://isegoria.revistas.csic.es/index.php/isegoria/article/view/1029>
-
- _____. 2018. *Kant: Entre la moral y la política*. Madrid: Alianza.
-
- _____. 1996. Roldán, Concha y Javier Muguerza (eds.). *La paz y el ideal cosmopolita de la Ilustración: a propósito del bicentenario de Hacia la paz perpetua*. Madrid: Tecnos.
- Diderot, Denis, 2020. *Contra el colonialismo y las tiranías: contribuciones políticas a la historia de las dos indias*, editado por Roberto R. Aramayo. Madrid: Plaza y Valdés.

- Kant, Immanuel. 2023. *Hacia la paz perpetua: un diseño filosófico*, editado por Roberto R. Aramayo. Madrid: Plaza y Valdés.
- _____. 2020. *El conflicto de las facultades*, editado por Roberto R. Aramayo. Madrid: Plaza y Valdés.
- _____. 2013. ¿Qué es la Ilustración? Y otros escritos de ética, política y filosofía de la historia, editado por Roberto R. Aramayo. Madrid: Alianza.
- Mendiola Mejía, Carlos y Roberto R. Aramayo (eds.). 2017. *En busca de la comunidad ideal: notas sobre el cosmopolitismo*. Madrid: Guillermo Escolar.
- Parra, Lisímaco y Roberto R. Aramayo. 2025. *Kant y el (a) teísmo ético*. Bogotá: Editorial Universidad El Bosque.